

Malabarista ingenioso

Santiago Otálvaro Arango

Licenciado en inglés, estudiante de Filología Hispánica,
santiago.otalaroa@udea.edu.co

¹ “El Ministerio de las Culturas presenta tres ganadores de los Premios Nacionales de Literatura 2023”. Ministerio de Cultura, acceso el 14 de noviembre de 2023. <https://www.min-cultura.gov.co/prensa/noticias/Paginas/el-ministerio-de-las-culturas-presenta-tres-ganadores-de-los-premios-nacionales-de-literatura-2023.aspx>.

² Jonathan Franzen, *El fin del fin de la tierra* (Barcelona: Salamandra, 2021), 12.

³ Darío Jaramillo Agudelo, *Indagación sobre los fantasmas* (Valencia: Pre-textos), 70.

Conocido por el humor que imprime a sus textos y el lenguaje popular con que suele escribir, Luis Miguel Rivas (1969) se ha hecho visible en el panorama de las letras nacionales, en el que cada vez ocupa un lugar más destacado. Los jurados del Premio Nacional al Libro de Cuento Publicado argumentan que eligieron *Malabarista nervioso* (2022), quinto libro de Rivas, como ganador en 2023 por “esa deslumbrante capacidad para ver la realidad con ojos nuevos, unida al dominio de una prosa en la que resplandecen el habla antioqueña y el sentido del humor”¹. Pero en Rivas hay mucho más que lenguaje popular antioqueño y textos divertidos, hay literatura ingeniosa y creativa que en nuestros tiempos aciagos escasea hasta el punto de casi verse extinta.

De acuerdo con Jonathan Franzen, la literatura de ficción en tiempos posmodernos se mira en el espejo del ensayo y encuentra el testimonio personal como principal rasgo. Dice, además, que el autor que se atreva a imaginarse el mundo de alguien diferente a él se arriesga a caer en los pantanos de la apropiación y quizás incluso del colonialismo².

Rivas, en *Malabarista nervioso*, se burla de todo esto incluyendo narradores fantasmas, jóvenes de barrio popular, exrevolucionarios, oficinistas y más. Como consecuencia de lo anterior, sus cuentos entablan conversaciones con los grandes temas de la literatura tradicional; por ejemplo, el relato que abre el libro, “Fantasma sin énfasis”: es una historia cuyos protagonistas son fantasmas de los tiempos de la Colonia, la Independencia y la República que habitan una casa antigua. Darío Jaramillo cuenta que,

desde el *Gilgamesh* y la *Odisea*, la poesía fue el medio por el que nos enteramos de los fantasmas; después, la religión les dio su lugar en el purgatorio como ánimas en pena, y finalmente, en los tiempos que corren, donde todo conocimiento debe ser demostrado de forma experimental, la literatura se volvió el medio natural en que se habla de espectros del más allá, ya sea para producir miedo o exorcizarlo³.

Si bien en el cuento no se percibe la intención de dar miedo o exorcizarlo como dice Jaramillo, Rivas usa el tema de los fantasmas para proponer el *leitmotiv* literario de los niveles —cabe recordar aquel hombre que sueña y que es soñado de Borges— en los que va cayendo el protagonista, un profesor de filosofía de finales del siglo XIX que al darse cuenta de que está muerto pierde su énfasis en los estudios y termina queriendo desaparecer definitivamente, cosa que lo lleva a volverse un fantasma cada vez más tenue y casi imperceptible al final del cuento. Más que un aparecido, el fantasma termina pareciéndose a un ser deprimido —de los que están vivos— que quiere dejar de ser, pero no desaparece nunca del todo, y es que, pensándolo bien, tal vez Rivas sí quiera exorcizar ese miedo, pero es una conjetura a la que llega el lector sin que el texto se lo sugiera categóricamente en forma de burda alegoría.

Lo anterior da pie para destacar otra de las cosas que el autor de *Era más grande el muerto* (2017) hace muy bien, y es enfocarse en el relato objetivo hasta el punto de volverlo entretenido para el lector, pero, a su vez, dejándolo libre para que interprete, si quiere, el relato que hay detrás. En la segunda historia del libro, “La sonrisa

de Nuestra Señora”, este relato simple cuenta las peripecias de un hombre otrora sindicalista marxista, que se ve, a sus 45 años, quebrado y sin poder pagar el arriendo, razón por la cual decide dibujar en una arepa la figura de la Virgen, después de ver en las noticias la aparición de san Expedito en un flan, para cobrar la entrada a su casa y ver el milagro. Detrás de aquella anécdota jocosa, el lector, de nuevo, si quiere, puede encontrar en el texto el desengaño político de los jóvenes, la prensa amañada que cuenta su propia verdad, la devoción católica que gira levemente para convertirse en histeria colectiva abundante en maldiciones y violencia cuando sienten atacada su fe.

En el tercer cuento, “San Cristóbal”, Rivas reinterpreta la leyenda del santo homónimo y la imagina en el contexto de Villalinda, ciudad ficticia creada por el autor que bien puede ser Envigado, Medellín, Sabaneta, etc. La leyenda tiene, a su vez, relación con la mitología griega y la historia del viaje de la nave Argos. Jasón, uno de los argonautas, previo a comenzar su travesía, ayuda a cruzar el río a una viejecita que, una vez al otro lado, toma su verdadera forma, la de la diosa Hera, esposa de Zeus, quien lo recompensa por su servicio convirtiéndolo en su protegido. El santo Cristóbal, un hombre de más de 5 metros, queriendo servir al más poderoso de los amos, pasa de ser súbdito de un rey cristiano a brindarle sus servicios al diablo, y del diablo pasa a un niño que pide su ayuda para cruzar el río. Mientras lo hace, el niño va aumentando su peso paulatinamente hasta que, después de un esfuerzo sobrehumano, el santo logra su cometido, para enterarse por boca del infante de que en realidad ha ayudado a Cristo y que así le ha servido al amo del mundo, lo que cambia su vida para bien y para siempre. En el cuento de Rivas, Cristóbal es un joven colombiano que, el día en que ve arder su casa y a los soldados llevarse a su hermano, se autoimpone el designio de servir al amo más poderoso que encuentre, y así pasa de la guerrilla a los paramilitares y de estos a la mafia. En esas está cuando se entera de que su patrón, Don Efrem —viejo conocido para los seguidores de las historias de Rivas—, le teme a otro más poderoso y de que ese otro va a asistir a una fiesta, en la que el joven logra entrar con la intención de ponerse a sus servicios. Sin embargo, lo único que consigue es enfrascarse en una pelea con un muchachito de cuatro años que, cuando están solos, se transforma en un adversario lleno de odio y con fuerza de adulto, que lo quiere matar. Al salir de la fiesta empieza a sentir un peso *in*

crescendo sobre sus hombros hasta hacerlo casi desfallecer, aunque el final seguramente lo podrán intuir los lectores siguiendo las dos referencias antes mencionadas. “San Cristóbal” es una muestra más de la capacidad imaginativa de Rivas para entablar relaciones con el paradigma de pensamiento occidental y su tradición literaria.

El siguiente cuento del libro premiado es “El muerto sigue bien”. Una vez más, Rivas vuelve al tema fantasmal, pero esta vez con una variación tecnológica. Si bien el recurso no es innovador —hemos visto en el cine cómo algunos espectros se valen del teléfono para atemorizar a sus víctimas—, el autor lo hace original al utilizar el correo electrónico como medio por el cual un muerto —o su fantasma— se comunica para dar consejos y enterarse de las noticias del mundo de los vivos. Marcos, un hombre que decide alejarse de la ciudad para escapar de sí mismo y borrar el pasado, termina después de 10 años en África y una vez ha pasado la sorpresa de lo exótico, siendo alcanzado por aquello de lo que huía. Para terminar ese círculo vicioso del escape resulta viviendo una experiencia sobrenatural con la ayuda de un ritual que incluye comer la raíz del ibogá, con efectos parecidos al conocido yagé. El ritual lo cambia de manera definitiva y decide escribir a sus amigos, compañeros de universidad de antaño, para exorcizar viejos fantasmas —estos no de ultratumba— y después de varios intercambios de correos se da cuenta de que uno de ellos, que respondía a sus mensajes de forma enigmática, está muerto. Una vez más, el relato simple es tremendamente entretenido y detrás del mismo se pueden percibir temas más complejos como las relaciones de amistad en las que cada cual tiene su visión del mismo evento o el tema de cómo, a costas de otros, se puede llegar a ser un empresario exitoso.

El quinto cuento del libro, “A mí lo que me mató fue ese salsaludo”, nos permite analizar el tema del lenguaje usado por Rivas en su literatura. Aunque el autor tome como insumo la forma de hablar en algunos barrios populares, no es ese el foco de su composición, como sí lo es la historia que cuenta y que casi siempre tiene que ver con las ganas de amar, la incertidumbre por el futuro, el cansancio de una vida monótona y demás aspectos de la experiencia vital que tienen en común los marginados de todo el planeta. Manuel, un joven de barrio popular, conoce a Yeni, una mujer de la que se enamora perdidamente, pero entiende que

⁴ Luis Miguel Rivas, *Malabarista nervioso* (Bogotá, 2022), 97.

⁵ *Ibid.*, 100.

no puede acceder a su mundo —el mundo de la salsa— porque no sabe nada de aquel género musical. Sin embargo, aprovecha sus conexiones con los amigos del barrio que trabajan con el mafioso Don Efrem para llevar a Yeni a una fiesta en la que tocará una gran orquesta de salsa y demostrar que, si bien él no sabe mucho del tema, puede llevarla a tener esas magnas experiencias.

El cuento incluye profusas referencias a canciones importantes del género salsero, lo que le trae reminiscencias al lector de la novela de culto *¡Qué viva la música!*, de Andrés Caicedo, con la que también se relaciona por medio del uso del lenguaje; y es que Rivas, como Caicedo, siguiendo el consejo del formalismo ruso en su última etapa, hacen que la serie social y la serie literaria encuentren puntos en común a través de la mediación del lenguaje poético, que difiere sobremanera con lenguaje hablado comúnmente en la calle. Un ejemplo de ello es cuando Manuel, pesaroso por lo que pasó con Yeni, dice: “si no me hubiera mandado ese mensaje a lo mejor las cosas no hubieran pasado como pasaron y yo no me hubiera desbarrancado por semejante abismo de la desilusión”⁴; o cuando se da cuenta de que no pertenece al mismo universo de Yeni, lo que lo lleva a lamentarse de manera shakesperiana: “no sé por qué, porque uno es o no es de donde es o no es, sin tener la culpa ni proponérselo”⁵, ser o no ser que termina en tragedia. Así, entonces, Rivas no utiliza el lenguaje tal como se usa en la calle, y esto no le resta verosimilitud a su relato; al contrario, le da valor y lo vuelve literario —diferenciándolo de lo periodístico y lo autobiográfico—, porque lo transforma poéticamente —puede decirse que lo vuelve propio, *rivasiano*, si se quiere— y lo utiliza para contar una historia que puede pasarle a cualquier persona en Colombia o en Francia, lo que explica también que su novela haya sido traducida al francés por la casa editorial Grasset en 2019.

Los últimos cuatro relatos del libro, “¿Podría apagar la luz?”, en el que un hombre no puede aceptar que su relación terminó y se sigue nombrando en plural;

“Marejada feliz”, donde la relación amorosa mediada por la virtualidad se desvanece una vez el contacto se hace físico, ya que el amor depende más de su trascendencia espiritual que del medio por el que se exprese; “Plantas contra zombies”, donde se nos muestra la vida complicada que tienen los esposos separados y el sufrimiento de los niños obligados a estar divididos entre los problemas de sus padres; y “La gran carrera de Jaime Luis Correa”, en el que se le presenta al lector el hecho de que los acontecimientos aburridos de una oficina y un día cualquiera en una vida anodina se pueden narrar de forma espectacular, sintiendo la misma emoción que en una carrera de ciclismo, estos relatos, en fin, son diferentes ejemplos que ratifican lo que venimos mostrando y es que Luis Miguel Rivas es capaz, como buen malabarista, de mantener en el aire literario tanto los temas nacionales del desplazamiento forzado, el enriquecimiento ilícito, la violencia urbana, el narcotráfico y demás, como los temas universales del amor —y quizás el más universal del desamor—, la monotonía de la vida, la depresión, la amistad y la enemistad, etc., en perfecta armonía, conservando en esas emociones un sabor de eternidad.

Para lograr lo anterior, Rivas probablemente se valga, sí, del humor y el habla antioqueña, pero estos recursos terminan por ser solamente una parte del conjunto de diábolos, bastones, y aros de su malabarismo. Los cuentos de este libro logran revelar al lector que, a pesar de la tragedia, la muerte, lo complicado de la vida y la insatisfacción de deseos que la componen, también está debajo de todo aquello, vibrando, la vida misma, que es más amplia que todas aquellas agonías sufridas. Finalmente, el malabarista autor de este libro de cuentos se sostiene en su capacidad de ingenio literario, el cual hace las veces de pies, que, al contrario de como dice en el poema que le da nombre al libro, no trastabillan, ni tiemblan. ■

